JAVIER LASARTE V. (Coord.). *Territorios intelectuales. Pensamiento y cultura en América Latina*. Caracas: La Nave Va, 2001.

Tres puntos determinan unívocamente un plano (siempre y cuando éstos no pertenezcan de antemano a una recta). Ello es cierto si el plano lo pensamos en un espacio de tres dimensiones; aunque lo parezca, esta excursión euclidiana no es una tautología. La introducción de Javier Lasarte a *Territorios intelectuales. Pensamiento y cultura en América Latina* me hizo recordar esa “pelotica” de la geometría y el cálculo. Para la colección, Lasarte promete presentar una “imagen panorámica que aborda —sin pretensiones de sistematicidad— distintos momentos (del XIX y XX), autores, problemas y discusiones” (7). La promesa introductoria de Lasarte a esta interesante colección de ensayos posee un vaivén que coquetea con las implicaciones territoriales del título. Afirmar y negar o bien establecer y desdibujar caracteriza la *captatio benevolentia* de esta nota introductoria. Nota que concluye con una dedicatoria homenaje/no-homenaje a la obra de Rafael Gutiérrez Girardot.

Es precisamente el ensayo de Gutiérrez Girardot que abre esta colección el que provoca con fuerza la imagen de los tres puntos y un plano. En “Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, José Luis Romero. El intelectual y el científico”, el autor marca tres momentos “excepcionales” de la historia intelectual latinoamericana con los cuales arma un plano que sirve de barrera para separar del grupo formado por los practicantes del “diletantismo de los intelectuales hispanoamericanos como Octavio Paz y Germán Arciniegas” y “los feligreses de los formalismos terminológicos [de] la mayoría de la producción científica hispanoamericana en el ámbito de las llamadas ‘ciencias humanas’” (9) a los verdaderos paladines del ensayo esclarecedor y la ciencia enriquecedora del conocimiento, por usar sus términos. Este maravilloso ninguneo de Gutiérrez Girardot a lo que no cuadre dentro de su concepción hegeliana de la comprensibilidad en la pureza de la línea manifiesta en la expresión ensayística no desvirtúa necesariamente el valor de nota historiográfica de este ensayo sobre Ureña, Reyes y Romero. Es informativo y, definitivamente, territorializante. Cabe preguntarse si a pesar de la dedicatoria que ofrece en la introducción Lasarte busca abrir esta colección con un gesto irónico de celebración y ataque, abrir con una irrupción que apunte hacia sí misma para embarcarnos en el deshacer sistemático de lo que entendemos como intelectual y letrado. No propongo esta lectura como frivolidad diletante, aunque el diletantismo pueda caracterizarse como hispanoamericano, la tradición de estos homenajes a padres, intelectuales o no, remite a las *Coplas* de Manrique y el *ubi sunt*. Por otra parte, la forma o esquema de terna que aparece en el ensayo de Gutiérrez Girardot tiene su versión en la organización de la colección en los tres artículos con que comienza ésta, el citado de Gutiérrez Girardot, el de Hugo Achugar, “*Ariel* atrapado entre Víctor Hugo y *Star Trek*”, y el de Jesús Martín-Barbero, “Globalización e integración desde la perspectiva cultural”. La resignación a la resistencia de Achugar y la especificidad de lo local dentro de la globalización a la que apunta Martín-Barbero se conjugan con el ensayo de Gutiérrez Girardot, y, a pesar de parecer puntos tan ajenos que no pertenecen a un mismo espacio, determinan un plano de intensidad donde se imbrica el resto de esta “heterogénea” colección, por usar el calificativo de Lasarte.

Uno de los problemas de reseñar una colección como ésta reside precisamente en la diversidad de los temas que abarcan sus colaboraciones hasta el punto de hacerla por momentos inaprehensible como un todo. De las “Desorientaciones intelectuales” de Vicente Lecuna donde el ensayista desarrolla respuestas o despliega aforismos a epígrafes y apotegmas que recorren o zigzaguean por la laboriosa obediencia a los límites de una disciplina académica como la literatura, las rupturas y los borrones de esa “religión secundaria”, a la pregunta de Beldford Moré en “Autoridad del gramático y política lingüística en Andrés Bello” cuando reconoce en el filólogo caraqueño una cuestión directora de su obra sobre el idioma: ¿quién puede controlar la praxis lingüística a nivel nacional o continental? y la manera en que ésta se vuelca sobre los mismos “guardianes de la lengua” de una manera que repite los posicionamientos del letrado y el intelectual. O bien ante una lectura de los efectos de la ciudad letrada y los desplazamientos conceptuales e identitarios que se establecen, como propone Luis Duno, en “Administrar la cubanidad: la ‘canción negra sin color’” en los procesos de creación de la cubanidad, estamos ante una colección cuya territorización es ambiciosa y cuyos aparatos de captura funcionan para establecer un mapa y recorrer la geografía y la historia de postulados que Ángel Rama dejara abiertos para desarrollar.

Los ensayos de *Territorios intelectuales* aparecen marcados por la dicotomía política/poética y recorren modernidades de dos siglos de historia latinoamericana. “Qué decir” y “cómo decir” son cuestiones fundamentales en la formación y elaboración de relaciones imaginadas entre las comunidades imaginarias que conocemos como naciones. Los dos términos son al mismo tiempo cuestiones y dictados de los que el letrado primero y el intelectual después se asen para narrar, hacer textual y establecer primacías que los constituyan como albaceas del quehacer literario en problemáticas relaciones con lo político. En este respecto, el trabajo de Cecilia Rodríguez, “La pureza del magisterio espiritual: los ‘genios aéreos’ de Juan Montalvo”, explora la investidura del intelectual como ente separado guiado por la búsqueda de la verdad, como en el caso de Rodó, sacerdote del pensamiento, y su intervención en la vida pública. Los estudios de Adriana Kanczepolsky sobre *Orígenes* y *Sur*, el de Ana Cecilia Olmos sobre *Punto de Vista* y *Novos Estudos* exploran el papel de las publicaciones periódicas como órganos que en su momento (durante los totalitarismos burocráticos en Argentina y Brasil), de acuerdo a Olmos, “reformularon posiciones políticas e ideológicas y modernizaron imágenes del intelectual” (77), o bien construyeron dificultosas filiaciones intercontinentales, “eras” lezamianas, al ofrecer su imagen de América y su universalidad, como apunta Kanczepolsky. El tema de las relaciones entre autores e intelectuales latinoamericanos y las publicaciones desde la óptica de la militancia política aparece en el ensayo de Claudia Gilman, “Mercado y consagración: la revolución cubana y la ‘nueva narrativa latinoamericana’ (1961-1971)”, en el que la autora identifica la aporía que se establece en la figura del “artista revolucionario” y sus pesadillas al intentar su quehacer en ambos campos.

La colección coordinada por Lasarte reúne asimismo trabajos sobre el cuerpo y la ciudad como espacios donde se desarrollan y sobre los que circulan formas de resistencia a los postulados normalizantes de lo convencional pertenecientes o establecidas por el orden simbólico. Orden que la contemporaneidad ha trastocado en un sentirse afuera y que María Minelli, por ejemplo, lee en la manera en que explotan la pose homosexual

escritores argentinos contemporáneos en su trabajo, “De cómo devenir ‘condenaditos’. El arte de producir figuras de escritor”.

Si la política por venir, como afirma Giorgio Agamben en *La comunità che viene* (Turín: Einaudi, 1990), no será una lucha por conquistar o controlar el Estado, sino una lucha entre el Estado y el no-Estado (la humanidad), lucha que parte de una disyuntiva inabarcable entre la singularidad de un cualquiera y la organización estatal (58) me pregunto si corresponde al intelectual pensar el vacío implícito en esa disyuntiva y desaparecer en éste en un gesto de pura exterioridad, exhibiéndose. O bien será la labor de éstos encargarse de ocupar esos espacios, de poblarlos, necesariamente redecorarlos en un constante atravesar de fronteras apuntando a las medidas, al nomos, que hacen visible el ordenamiento político y social y buscar así asegurar la fluidez del pensar la comunidad. El juego de la dupla política/poética sugiere u obliga estos cuestionamientos en cuanto a las posibilidades de pensar el papel del intelectual y su mundo, su comunidad, particularmente en América latina donde la crisis no es nunca la excepción.

En términos generales, la colección de ensayos de *Territorios intelectuales* es una referencia valiosa sobre el estado de las cosas en el debate sobre el letrado y el intelectual en América latina; colección en la cual entra en juego la posibilidad de múltiples interpretaciones que buscan desarticularse de aparatajes disciplinarios para dar cabida a nuevas agencias en el imaginario de nuestras culturas.

JACINTO FOMBONA